



CAMBIO DE LOS CALZONES POR ALFORJAS

NUEVA RELACION

discreta, graciosa y divertida, de lo que sucedió a un carbonero que le dieron un par de calzones, pensando darle sus propias alforjas, y cómo una vieja con sus industrias raras engañó de tal manera al carbonero, que aún le dió la mitad del dinero que sacó del carbón.

Primera parte

Todo casado me escuche,
todo viudo se suspenda,
todos los mozos y niños

les suplico que me atiendan,
que miren con quien se casan,
que no se llen de viejas,

de mozas ni de casadas,
ni de viudas zalameras,
ni tampoco de beatas,
ni de las niñas pequeñas,
porque aquel que se fiare
le saldrá muy mal la cuenta.

Y si me dan atención
explicaré con presteza,
lo que las mujeres son,
manifestando sus tretas,
sus chismes y sus enredos;
dando comienzo al asunto,
comenzaré por las viejas.

Estas, por lo regular,
la mitad son alcahuetas,
llevando chismes y enredos,
armando si hay paz, guerra;
el argumento está claro,
pues se ve con la experiencia
en cualquier parte del mundo,
ciudad, villa, casa ó venta,
que por desdicha ó desgracia
llegare a entrar una vieja,
meterá tanta cizaña,
como metió Ana Bolena
con el Cardenal Bolseo
cuando perdió la Inglaterra.

Al amo de casa, dicen:

—Su esposa a usted, se la pega,
pues pronto hará que lleve
de San Marcos la bandera,
y a pasar por Carcabuey
é ir al Rastro por madera,
y también que a San Cornelio
mucho devoción le tenga.

El buen hombre, le responde:

—Diga usted, señora vieja:
¿Qué ha visto usted en mi mujer,
que dice que me la pega?

Y la espía del demonio,

que es la condenada vieja,
le dice:—El otro día ví yo
entrar un hombre con ella,
se encerraron en un cuarto
y estuvieron hora y media;
lo que hicieron no lo sé,
pero bien se manifiesta,
que estando ambos encerrados
no harían ellos cosa buena.

El marido enfurecido
dando crédito a la vieja,
va y le dice a su mujer:

—Picara, vil, mala hembra,
tú, me has quitado el honor,
tú, con los hombres te encierras,
quitándome a mí el honor,
siendo tú vil y adúltera.

Y sin aguardar razones
una paliza la pega.

La pobre mujer, llorando,
por ser cosa tan incierta,
le dice:—¿Quién te ha contado
mentiras tan manifiestas?

El, replica:—Quien te vió,
que fué la tía Lucrecia,
que esta es mujer de verdad,
pues ya tiene más de ochenta
y me parece una santa,
pues siempre el rosario reza.

Y la mujer, le contesta:

—Pues si yo a ella creyera,
cómo estaría la casa,
jamás faltaría guerra.

El otro día me dijo
que te entraste con la Pepa
en su casa, y que allí
tuvisteis buena merienda,
y que después de comer
también dormisteis la siesta.
que hicisteis un no sé qué...

—Díme, ¿qué te ha sucedido?
No lo calles por vergüenza,
comunicámelo todo,
haz cuenta que te confiesas,
que yo te tengo que amparar
y esto corre de mi cuenta,
pues aún no sabes muy bien
las astucias de las viejas.

Algún tanto consolada,
respondió la carbonera:

—En el supuesto que dice
de que corre por su cuenta,
y que usted me ayudará
la contaré mi flaqueza.

Ayer, dijo mi marido
que había de ir á Valencia,
y que había de madrugar
á eso de la una y media;
al mismo tiempo, me dijo:

—Ten las alforjas compuestas,

Viendo tan buena ocasión,
al barbero le di cuenta
de que se iba mi marido,
y así, el tiempo no pierda,
que se va muy de mañana
y por tanto, que esté alerta.

Cuando esto supo el barbero
vino como una centella,
se metió dentro de casa,
cerrando muy bien la puerta.

Y nos fuimos á acostar,
á cuyo tiempo que llega
mi marido presuroso
dando golpes á la puerta,
diciendo que le bajara
las alforjas con diligencia.

Y yo, medio apresurada,
comencé á tentar por tierra,
y hallándome unos calzones,
que éstos del barbero eran,

se los saqué muy corriendo
pensando que alforjas fueran,
y los llevó mi marido
esta es mi fatal tragedia.

A lo que la mujer dijo,
estuvo atenta la vieja,
y con un grande suspiro,
respondió de esta manera:

—Amiga, la más amiga,
no pensé que tanto era,
así, es preciso tener
una consulta de viejas
para aplicar el mejor remedio
que nos convenga.

Vamos, que ya se juntaron
seis ó siete, las más viejas
que había en todo el lugar,
y consultaron entre ellas
como que el mejor remedio
era ir á comprar tela
para hacerse unos calzones
y ponérselos la vieja,
de la misma calidad
que los del barbero eran.

Esto es lo que salió
de las consultas de viejas;
llamaron al punto á un sastre
que viniera á toda prisa,
y que hiciera unos calzones
de la referida tela.

Así que estuvieron hechos,
fué y se los puso la vieja,
fué a casa del carbonero
hillando con una rueca.

Se subió a la cocina,
sentóse muy bien compuesta,
arremangóse las sayas
y toda su intención era
el enseñar los calzones
cuando el carbonero venga.

No pasó mucho rato cuando el buen hombre llega, con una cara peor que aquellas que niegan deudas, y le dijo a su mujer:

—Pícara, vil, mujer necia, hoy has de morir aquí si el cielo no lo remedia, y vengaré yo mi agravio de toda tu vil torpeza.

Los calzones son testigo de que sí eres vil ramera, pues siempre que yo me voy el barbero me la pega.

Sin aguardar más razones se fué corriendo tras ella, subiéndose á la cocina en donde estaba la vieja con sus sayas remangadas, como referido queda.

Y viéndola el carbonero, la dijo de esta manera: —¿Cómo usted lleva calzones? ¡Dígame, señora vieja?

Y la vieja, le responde: —Tu mujer también los lleva, en un día los hicimos los dos de una misma tela, y también el cirujano de aquestos mismos los lleva.

Cuando el carbonero oyó lo que le dijo la vieja, pensó que aquellas palabras

del Santo Evangelio eran, y arrepentido entre sí, decía de esta manera:

San Abdón y San Senén, habrán traído esta vieja, porque no permitirán de que mi casa se pierda, pues es cierto, que si no es por esta buena vieja, yo, matara á mi mujer, y al tal barbero con ella; es cierto, evidente y claro que la habría hecho buena.

Entonces, el carbonero, se volvió para la vieja, y la dijo:—Tome usted la mitad de la moneda que he sacado del carbón, perdone por la pobreza; y al mismo tiempo también, le dijo á su mujer misma, que le pedía perdón de aquella grande ofensa, conque se cumplió el adagio: «Tras de cuernos, penitencia».

Con esto han visto, señores, los enredos de las viejas, y perjuicios que nos causan en las casas que ellas entran,

Y con esto, el autor pide á todos cuantos lo lean, que para ningún asunto jamás se fíen de viejas.

FIN